

Testimonio de Rafael Alberti sobre el exilio de Antonio Machado

En los días grandes y heroicos de noviembre¹, el glorioso Quinto Regimiento², flor de nuestras milicias populares, se ufanó en³ salvar la cultura viva de España, invitando a los hombres leales que la representaban a ser evacuados de Madrid. A la Alianza de Intelectuales se le encomendó, entre otras cosas, la visita a Antonio Machado para comunicarle la invitación. Y una mañana bombardeada de otoño, el poeta León Felipe y yo nos presentamos en su casa.

Salió Machado, grande y lento, y tras él, como la sombra fina de una rama, su anciana madre. No se comprendía bien cómo de aquella frágil, diminuta mujer pudo brotar⁴ roble⁵ tan alto. La casa, lo mismo que cualquiera, rica o pobre, de aquellos días de

Madrid, estaba helada. Machado nos escuchó concentrado y triste. «No creía él —nos dijo al fin— que había llegado el momento de abandonar la capital.» ¿Escasez, crudeza del invierno que se avecinaba? Tan malos los había sufrido toda su vida en Soria, u otras ciudades y pueblos de Castilla. Se resistía a marchar. Hubo que hacerle una segunda visita. Y ésta, con apremio⁶. Se luchaba ya en las calles de Madrid, y no queríamos —pues todo podía esperarse de ellos— exponerlo a la misma suerte de Federico⁷.

Después de insistirle, aceptó. Pero insinuando, casi rozado de pudor, con aquella gravedad y dignidad tan suya, salir también con sus hermanos Joaquín y José...

—No tiene usted ni que indicarlo... El Quinto Regimiento le lleva con toda su familia...

—Pero es que mis hermanos tienen hijos...

—Muy bien, don Antonio...

—Nueve, entre los dos matrimonios —creo que dijo—.

Mas aunque en Madrid había otro organismo, la Junta de Evacuación, que se ocupaba de los niños, fué el Quinto Regimiento quien salvó a toda la familia de don Antonio, llevándola a Valencia.

Y llegó la noche del adiós, la última noche de Machado en Madrid. ¡Noche inolvidable en aquella casa de soldados! Se encontraba allí lo más alto de las ciencias, las letras y las artes españolas — investigadores, profesores, arquitectos, pintores, médicos— al lado de los jóvenes comandantes del pueblo, Modesto y Lister, ambos aún con aquel traje civil y militar de los primeros días. [...] Afuera, el corazón de España latía a oscuras, con su alto cielo de otoño interrumpido ya de resplandores de los primeros cañonazos. Por los arrabales⁸ extremos [...], por los alrededores de la ciudad [...] se cubrían de balas y de gloria, junto con las milicias populares y las Brigadas Internacionales, los defensores espontáneos de Madrid. Y, mientras, en aquel saloncillo del Quinto Regimiento, en medio del silencio que dejaba de cuando en cuando el feroz duelo de la artillería, un hombre extraordinario, aún más viejo de lo que era y erguido hasta donde su vencimiento físico se lo permitía, con sencillas palabras de temblor, agradecía, en nombre de todos, a aquellos nobles soldados que así preciaban⁹ la vida de sus



Una de las últimas fotos de Antonio Machado rodeado de otros hombres de camino al exilio, mirando hacia el suelo y apoyado en su bastón.

¹ Remite al asalto de Madrid por las tropas franquistas entre el 8 y el 23 de noviembre de 1936.

² El Quinto Regimiento fue un cuerpo de élite del ejército republicano.

³ ufanarse en: *se vanter de*

⁴ brotar: *germer, pousser*

⁵ el roble: *le chêne*

⁶ con apremio = con prisa, con urgencia

⁷ Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, Granada, 5 de junio de 1898-camino de Víznar a Alfacar, Granada, 18 de agosto de 1936) fue un poeta, dramaturgo y prosista español. Fue asesinado por los franquistas.

⁸ los arrabales = las afueras

⁹ preciar = mostrar estima

40 intelectuales, repitiendo razones de fe, de confianza en el pueblo de España. Hoy, pasados tan largos y
catastróficos años, no puedo recordar con precisión lo que Machado en tan breve discurso dijo aquella
noche. Quizás se encuentre escrito en algún lado. Pero de su sencilla despedida no he podido perder —
ni podré ya nunca— el instante aquel en que don Antonio, con una sinceridad que nos hizo a todos brotar
45 las lágrimas, dirigiéndose a Lister y a Modesto, ofreció sus brazos —ya que sus piernas enfermas no
podían— para la defensa de Madrid. Poco más tarde, desde su huertecillo de Valencia, escribía el poeta,
insistiendo una vez más en su creencia ciega en el pueblo de España:

«En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha
asombrado al mundo, a mí me conmueve pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo.
En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra
50 siquiera, pero la compra con su sangre.»

La última vez que vi a Antonio Machado fué en Valencia, en aquella casita con jardín, de las afueras,
que su Gobierno le había dado. Su poesía y su persona
ya habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin
que habría de llevarle poco después hasta la muerte.
55 La fe en su pueblo, aunque ya antes lo hubo dicho, la
escribía entonces a diario, volviendo nuevamente a
adquirir su voz aquel latido tan profundo, de su época
castellana, ahora más fuerte y doloroso, pues el agua
de su garganta borboteaba¹⁰ con una santa cólera
60 envuelta en sangre. Mas, como siempre, a él, en
apariencia, nada se le transparentaba. Estaba más
consento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus
hermanos y aquellos sobrinillos, de todas las edades, que lo querían y bajaban del brazo al jardín,
dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo. Desde los limoneros y jazmines —¡oh flor y árbol
65 tan puros en su verso!— cercana, aunque invisible, la presencia del mar Mediterráneo, Machado veía
contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia, bajo el constante moscardoneo de guerra.



Antonio Machado, en la terraza de Villa Amparo, Valencia

Ya va subiendo la Luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
70 pajarita de cristal.

Ámbar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana
morada en el mar tranquilo.

75 Y no pudo mirarla más, pues el poeta era ya una elegía¹¹, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá,
solo, en Collioure, un pueblecillo cualquiera de Francia, cercano al mar, vino la muerte a tocarle, al
bordo de su arreado pueblo heroico, como a un soldado más, lo que real y humildemente llegó a ser.

Desde entonces, allí, en otra tierra, y no en la suya, junto al Duero, como él había soñado, esperan
sus huesos.

Rafael Alberti, *Antonio Machado –Antología de guerra–*, La Habana, 1944
<https://www.machado-collioure.fr/temoignage-de-rafael-alberti-sur-lexil-de-machado/>

¹⁰ borbotear: bouillonner

¹¹ Una elegía es una composición lírica en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro acontecimiento infortunado. (DRAE)